

REVISTA DE LIBROS

Pragmatism, de HILARY PUTNAM. OXFORD, BLACKWELL, 1995, 106 pp., ÍNDICE ANALÍTICO, BIBLIOGRAFÍA COMPLETA DE LOS ESCRITOS DE H. PUTNAM, \$15.95 (Edición original: *Il Pragmatismo: Una Questione Aperta*, Roma-Bari, Gius. Laterza & Figli Spa, 1992).

1. LA ESCRITURA DE PUTNAM

La escritura de Putnam es fresca y resbaladiza. Recorre temas centrales de la filosofía, traza distinciones sugerentes, recupera matices de la tradición, de un modo fluido, que seduce al lector. Y, sin embargo, al concluir el libro, uno no está muy seguro de saber lo que ha ocurrido, de poder indicar las tesis que se defienden y los argumentos que las avalan. Éste no es necesariamente un hecho que Putnam lamente, pues no concibe la filosofía como una tarea quasi-algorítmica, articulada en forma de definiciones, premisas y argumentos, sino como una actividad que nos lleve a percibir ciertos aspectos de la experiencia y que sirva, en último término, para articular un cierto tipo de respuesta a la pregunta “¿cómo vivir?” (p. 22). Una respuesta que se ubique en un punto intermedio entre el argumento y la mera visión: “La filosofía que es todo argumento no alimenta un hambre verdadera; mientras que la filosofía que es todo visión alimenta un hambre verdadera, pero lo hace con papilla” (p. 23).

La búsqueda de este equilibrio no abunda en el debate filosófico contemporáneo. En concreto, la tradición analítica parece instalada en un puritanismo escolástico que concibe a la filosofía como un ejercicio de cálculo, donde se rehuyen las cuestiones importantes en la medida en que se resisten a un tratamiento estrictamente argumentativo, y en el que, con frecuencia, los elementos realmente problemáticos, los que generan la perplejidad filosófica, aparecen como premisas incuestionables del debate. Putnam ha denunciado vigorosamente tal forma de escolasticismo (*Cómo renovar la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1994) y, ciertamente, su práctica filosófica está lejos de esta particular torpeza.

Sin embargo, hay un sentido en el que los textos más recientes de Putnam se dejan llevar por los imperativos de la actualidad, por la necesidad de mantenerse visible en el exigente mercado americano. La escritura de Putnam no es sólo leve y sugerente, es también apresurada. No le reprocho que carezca del rigor del argumento, pues como vemos puede que tal rasgo sea esencial a cierta forma de filosofar, sino que renuncie al orden y cuidado de lo clásico. El equilibrio entre el argumento y la visión que Putnam nos propone requiere, a mi entender, un mayor rigor y esmero en los detalles, un mayor esfuerzo por articular las conexiones antes dejar el espacio abierto para el lugar que la resonancia debe ocupar en la filosofía. Es ese gusto por la elaboración lo que echo en falta en los últimos textos de Putnam, incluido el libro que comentamos.

Mi preocupación por este apresuramiento no deriva, en cualquier caso, de un apetito esteticista, sino de la convicción, compartida con Putnam, de que la filosofía es un ejercicio de expresión y que, en definitiva, el modo en el que se escribe no es externo al valor filosófico de un texto. De hecho, es en el detalle, más que en los *slogans* brillantes, donde puede producirse el encuentro con el oponente y facilitarse una discusión filosóficamente interesante. De otro modo, uno renuncia a hablar *con* el oponente y se contenta con hablar *del* oponente entre sus correligionarios, con lo cual uno se sitúa en un terreno propicio para el escolasticismo.

2. PRAGMATISMO Y REALISMO

La manera de escribir de Putnam impone ciertas restricciones a la hora de reconstruir el entramado de conexiones, tesis, ejemplos y argumentos que articulan su texto. No se puede ir más allá de un determinado grado de orden sin traicionar el contenido del libro. Intentaré, por tanto, hilvanar los tejidos que forman la exposición de Putnam sin violentar su naturaleza.

Putnam inicia su discurso con una reflexión sobre el análisis pragmatista de la verdad. Se trata de explorar la relación entre la verdad de un enunciado y nuestra capacidad de verificar o confirmar su valor de verdad. El *realista metafísico* insiste en que la verdad es independiente de nuestra capacidad de confirmación, que lo que hace verdadero o falso un enunciado es lo que hay en el mundo, más allá de nuestra capacidad de verificarlo. El pragmatismo, en algunas de sus expresiones más infelices, favorece, por el contrario, una posición *anti-realista*, según la cual la verdad de un enunciado se reduce a la satisfacción de ciertos criterios de confirmación, que suelen definirse como el reconocimiento de la verdad o falsedad de un enunciado por parte de los hablantes en circunstancias más bien ideales. Putnam insiste, por el contrario, en la necesidad de rechazar esta dicotomía, así como en la conveniencia de favorecer una interpretación *realista* del pragmatismo. El realista (no-metafísico) reconocería la interdependencia o, más exactamente la interpenetración, de la verdad y la confirmación, al tiempo que mantendría su diferencia. Veamos de qué modo Putnam motiva y articula esta posición intermedia.

El realista metafísico entiende que la verdad del enunciado “Hay una silla delante de mí” es totalmente ajena a mi capacidad de saber que hay una silla delante de mí. Sin embargo, de alguien que careciese de la habilidad para confirmar ese enunciado no podríamos decir que posee el concepto de “silla” y, por tanto, que entiende en qué consiste que el enunciado “Hay una silla delante de mí” sea verdadero. Ello no quiere decir que todos nuestros conceptos se encuentren en esta situación, y que no podamos entender un concepto alguno a menos que seamos capaces de confirmar cada uno de los enunciados en los que aparece. Lo único que el ejemplo de la silla sugiere es que “nuestra habilidad para comprender... enunciado[s] ‘inverificables’ no es una habilidad aislada. Nuestra comprensión de lo que es verdad en un caso dado y nuestra comprensión de lo que es confirmación son dos capacidades interrelacionadas” (p. 12).

El realista metafísico podría replicar que Putnam está, de algún modo, incurriendo en una petición de principio, pues el realismo metafísico no está

interesado en nuestra comprensión de lo que es verdad, sino en la verdad misma. Tal movimiento presupone una imagen del lenguaje como copia del mundo y de la verdad como correspondencia; al tiempo que asume que las nociones de “copia” y “correspondencia” son extrañamente auto-interpretativas y, por tanto, que no resulta necesaria ninguna relación entre nuestra comprensión de lo que sea una copia o una correspondencia, y el hecho de que algo sea una copia o mantenga una correspondencia. Esta posición resulta difícilmente sostenible, no obstante, cuando uno percibe los diferentes sentidos en los que, según los contextos, podemos hablar de copia o correspondencia. Éste es un punto que Putnam enfatiza al discutir el texto de IAN HACKING *Representing and Intervening* [Cambridge University Press, 1984], donde se comete un error similar respecto al término ‘real’.

El rechazo del realismo metafísico puede entenderse como una invitación al anti-realismo. De hecho, Putnam considera varias líneas de razonamiento que apuntan en esa dirección. Las consideraciones anteriores en torno a los vínculos entre la verdad y la confirmación sugieren el camino del holismo, es decir, la interpenetración e interdependencia entre hechos, valores y teoría (p. 7). (Putnam introduce en la p. 58 el término “interpenetración” para referirse a una relación constitutiva, interna entre varios elementos, de tal manera que la identidad de los mismos está parcialmente fijada por su relación; mientras que el término “interdependencia” renuncia a atrapar ese aspecto constitutivo.) El holismo abre la puerta a la pluralidad, a la diversidad de modos de ordenar los hechos del mundo, y a ver cada uno de esos ordenamientos no sólo como distintos, sino como inconmensurables. La realidad (y, por tanto, la verdad) no es ya algo dado, independiente de nuestros valores y teorías, sino relativo a cada uno de los sistemas. La percepción del mundo está siempre mediatizada; no vemos el mundo como es en sí mismo, sino el mundo interpretado.

Este movimiento anti-realista contiene, sin embargo, el germen del realismo metafísico. Si toda percepción tiene una carga evaluativa y teórica, eso implica que no podemos conocer el mundo tal y como es en sí mismo, abonando una forma de escepticismo; de este modo, parece reforzarse la idea de que el mundo tiene ciertas propiedades en sí mismo, independientemente de nuestras percepciones, y que tiene sentido hablar de una descripción verdadera de tal mundo en sí. Esta ambigüedad está también presente en el falibilismo preconizado por los pragmatistas, según el cual “no existen garantías metafísicas de que incluso nuestras más sólidas creencias se vean libres para siempre de una posible revisión” (p. 22). Esta convicción alienta, a primera vista, la tensión escéptica acerca de nuestra capacidad de conocer el mundo, y sugiere también la imagen de un mundo que continuamente se nos escapa y que, por ello mismo, existe más allá de nuestras capacidades epistémicas. El reto consiste en mostrar cómo el falibilismo, que es una consecuencia inexorable del holismo, pueda ser consistente con el rechazo del realismo metafísico.

Putnam recurre, para ello, a tres estrategias básicas. La primera consiste en mostrar, de la mano de Wittgenstein, que tan escaso sentido tiene el enunciado “podemos describir la realidad tal y como es en sí misma” como su negación, pues no hay ningún lugar en el cual tales enunciados puedan fijar su sentido. De este modo, Putnam pretende anular el eslogan metafísico que sostiene al anti-realismo y, por tanto, el acicate que el realismo metafísico encuentra en el mismo; pues al afirmar que “no podemos describir la realidad tal y como es en sí misma”

se está alimentando la imagen de la existencia de tal realidad ajena a nuestras descripciones.

La segunda estrategia se centra en la percepción. Putnam insiste en que el falibilismo y el holismo son consistentes con el realismo (directo) de la percepción, es decir, con la idea de que lo que percibimos no son los datos de los sentidos, o cualquier otro elemento intermediario, sino los objetos del mundo, y que eso es así aunque toda percepción esté conceptualmente mediada. De este modo, Putnam pretende evitar la pérdida del mundo propia del anti-realismo, sin recaer en la idea de un mundo poblado de objetos cuya identidad es ajena a nuestra estructura conceptual como propone el realismo metafísico. Éste es uno de los tópicos básicos de su artículo "Sense, Nonsense, and the Senses: An Inquiry into the Powers of the Human Mind" (*Journal of Philosophy*, vol. XCI, pp. 445-517), si bien encuentra un escaso desarrollo en el libro que comentamos.

En *Pragmatism*, Putnam insiste más bien en una estrategia diferente. Se subraya la necesidad de rechazar la inconmensurabilidad como una secuela inevitable del holismo y, para ello, se reivindica, de la mano de Kant, los pragmatistas y Wittgenstein, la primacía de la práctica, y de la acción: "Lo que tienen en común los pragmatistas que he discutido en estas conferencias es que la solución al problema de 'la pérdida del mundo' ha de encontrarse en la acción y no en la metafísica (ni siquiera en la anti-metafísica 'anti-moderna')" (p. 74). Nuestra capacidad de fijar el contenido del enunciado "Hay una silla delante de mí", de determinar su valor de verdad, no es independiente de nuestra capacidad de manipular y utilizar sillas. Es esta capacidad de acción el elemento último que fija la ontología, el ámbito de lo real, y, por tanto, el terreno común donde adquieren sentido las divergencias entre los diferentes modos de ordenamiento que los agentes elaboran en su vivir.

La apelación a la acción aparece, pues, como el recurso que permite evitar la pérdida del mundo en el seno del holismo, el expediente que ayuda a desvanecer la perplejidad que el anti-realista y el realista metafísico comparten. Debo confesar, con todo, que a pesar del tiempo que Putnam dedica a resaltar la primacía de la práctica, no estoy convencido de que consiga conducir al lector por el itinerario adecuado para captar tal primacía y que, en tal punto, me resulta notoriamente más convincente el trabajo de Peter Winch "In Anfang war die Tat" [en WINCH, P. (1987), *Trying to Make Sense*, Oxford, Blackwell]. Por otro lado, parece claro que ninguna de las dos estrategias esbozadas por Putnam es realmente novedosa ni acallan del todo las inquietudes del realista metafísico. El mérito de Putnam consiste en haberlas traído a colación de un modo suficientemente sugerente en un debate que parece haber olvidado que la filosofía es un amplio diálogo, que se extiende no sólo espacial sino temporalmente.

Josep E. Corbí

Dpto. de Metafísica y Teoría del Conocimiento, Universidad de Valencia

Valencia 46010, España

E-Mail: corbi@uv.es